



EL TRIUNFO

Llegó a Madrid como todos llegan, guiado por la pícaro hada de alas de oro, que canta al oído la estrofa arrogante de las victorias.

Pisó el enorme suelo de la corte y comenzaron los días de tremenda lucha.

Vigoroso al principio, con el vigor gigantesco que inspiran los sueños, triunfaba el poeta de los primeros embates de la suerte. No se le oía, no se le hacía caso: su voz, que traía de la aldebucla notas de frescuras, sanos acentos de inmortal naturaleza, se perdía en el abigarrado tumulto de la Corte sin hallar un eco; pero no se rendía, y envuelto en la aurea vestidura de sus estrofas, continuaba tenaz, abnegado y sublime, martilleando en el yunque negro y doloroso.

En sus largas noche de soledad espantosa, cuando el invierno soplaban un desierto de hielo en su guardilla, el poeta se revolvía en su camastro, bajo las caricias ardientes del ideal que lo quemaba las sienes.

¡Sí; el triunfo
no podía tardar;



aquella sensación de vuelo de Águila que sentía en su espíritu, no podía engañarle!

Miraba entonces sobre su mesita el blanco rímico de papel escrito y le parecía que sobre aquel mundo de producciones salidas de su alma, calentadas al amor de sus épicas ilusiones, flotaba un nimbo de luz azul y misteriosa que escribía con resplandores astrales la palabra gloria sobre su frente. No podía tardar el triunfo, no; se le escucharía al fin. Ya tenía entregado su drama á una empresa y desparramados muchos artículos por las redacciones; no habían salido, pero ya saldrían, no faltaba nada más que esperar.

Y el poeta se dormía, seguro de que al día siguiente le despertaría el triunfo, entrando con un tumulto de oro y de luz en su guardilla, para decirle como á Lázaro: —¡Levántate y anda!

Porque el triunfo tenía para él algo más que la simple vanagloria de la alabanza y del aplauso; su triunfo tenía un alma de inefables ternuras...

No era para él solo; estaba allá, muy lejos, en la aldeita clara, de ambiente dulce, la cariñosa viejecita, la madre del poeta, que le vió partir llorando, que lloraba todavía... Veíalo él en aquellas cartas

COBRAR PARA DIVERTIRSE

(CUENTO BATURRO)



A qué himos venido del Frasno á Zaragoza? ¿Pus pa qué ha é ser? Pa divertinos en grande.

—Güeno, hombre, güeno; pero no quíe eso icir que himos de ir á los divertimientos caros. Así se arruina la gente.

—Mía tú, Manuela, cuate lo que cuate, yo quío dir al treato con tú y con los orfos, ¿estamos?

—Ganas de gastar dineros.

—Déjelo usté, madre;—dice el chico mayor,—asi veremos á los comediantes. Nos riremos mucho.

—¡Amos, madre! Míusté que si no vamos, lloraré,—añade el pequeño.

—Bien está; vamos ande queráis.

Así hablaban los individuos de la familia del tío Juan el *Calzanegra*, recién llegados á la capital aragonesa, en el cuarto de una posada de la calle de las Almas, donde se albergaban.

Al tío *Calzanegra* no le dolía gastar un duro. Había vendido bien el trigo que trajera del Frasno, y ya que su familia no conocía Zaragoza, y sabe Dios si volvería allí, justo era enseñarles algún lugar de recreo.

Así es que aquella noche se dirigieron al teatro de Pignatelli.

—¿Qué echan?—preguntó el chico mayor por el camino.

—¿Qué han de echar? ¿De ande?

—No me entiende usté, padre. Quío icir que qué echan en el treato.

—¡Ah, vamos! Hi leido que *La cara é Dios*.

—¡Herejes, más que herejes!—clama asustada la mujer.—No vayamos. Por fuerza no puen ser gente buena.

—¿Tontica! Si eso es una junción...

—¿Y salen judíos?

—To pue ser. Ya lo veremos.

Llegaron al coliseo y les obligaron á hacer cola, cosa que les hizo murmurar bastante. Ya se ve; ¿un ventanico pa despachar tantos billetes? Ya podían poner seis ó más.

Por fin les llegó su turno. Lo que se rió el tío *Calzanegra* cuando el taquillero le pidió cuatro pesetas por cuatro entradas...

—Yo que tú pido tres duros,—le dijo.—¡Je! ¡Je! Qué graciosos sois tos los del treato. A dos rialicos te las pagaré.

Trabajo costó convencerle de que allí no se regateaba. Como el tío Juan y los suyos nunca habían asistido á ningún teatro, creía que *el de la garita*, como él llamaba al empleado, *se la quería jugar de primo*.

Durante la representación, la madre y los chicos mareaban al tío *Calzanegra*.

—Pero,—decían,—la cara é Dios, ¿cuándo sale?

—No me atormentis. ¿Qué me sé yo, probe de mí, si no conozgo la junción?

—La cara de Dios no sale,—arguyó un vecino,—porque está en Jaén.

—Ya icía yo, que estaba por allá, por Jerusalén. Pero más les valdría habela traído pa no enganar. En fin, otra vez será. Pero pa entonces ya estaremos nosotros en el Frasno.

—Lástima é cuatro pesetas,—suspiraba siempre la tía Manuela.

De pronto Antóñico, el chico mayor, se levantó emocionado de su asiento murmurando:

—Mire usté, padre, aquel que representa á la derecha. ¿Lo ve usté?

—¿No hi de velo! Bien gordico que está.

—¿Pero no lo conoce usté? Si es Serapio, el hijo del albeitar de nuestro pueblo.

—¡Coña! Si es verdá... Míralo, Manolita; es el mesmo...

—¡Mucho que sí! Ya podía habernos regalao las entradas y no que las himos pagao tan caras...

—¡Y dice que sí! ¡Embustero! Si es alpargatero...

—Amos á llamalo á ver si nos conoce? Mía que hacere comediente...

—¡Chist! ¡Chist! ¡Silencio!—se oía por todas partes.—Un acomodador fué á llamar al orden á la familia.

- Si no callan ustedes,—dijo por lo bajo,—me veré precisado á hacerles salir.
 —¡A la calle!—gritaban algunos.—¡Fuera!
 El tío *Catzenegra* estaba furioso. ¡Todo el mundo contra ellos! ¡Recontra! Pues no le daba la gana de callar. Alzóse en pie, abrió los brazos y alborotó, dirigiéndose hacia el escenario:
 —¡Serapio! ¡Maño, que nos quien echar, dimpués que bimos gastao pa entrar muchas cuaernas!
 ¡Anda, hombre, saca la cara por nosotros, que algunas veces te bimos matao el hambre!
 Cesó durante un momento la representación. Todo el mundo reía al presenciar aquella escena no anotada en la obra que se representaba. El empresario, alarmado, quiso terminar aquel escándalo y se acercó sigilosamente á la familia diciendo:
 —Háganme ustedes el favor de irse.
 —Que nos devuelvan los dineros y nos iremos.
 —Es justo. Tomen este duro y váyanse inmediatamente.
 —Ya lo creo. Como que aquí no le premiten á uno ni hablar.
 Y bien contentos que salieron á la calle. Ya en ella, el tío Juan, dirigiéndose á los suyos: .



- ¿Véis como es bueno tener amigos en toas partes? A cualquier hora nos dan ese durico, si no es por Serapio.
 —Mira,—prorrumpió la mujer,—no sea sevillano...
 —Sí, sí... Más güeno y más aragonés que tú. ¿Ves cómo los divertimientos no son caros en Zaragoza?
 —Alabau sia Dios, ¡qué peso se ma quitau de encima, maridico mío! Porque miá que hi passau la pena negra cuando dabas los dineros. ¡Cuatro pesetas! Pero, vamos, himos visto un acto de la junción y mus han dao un duro... Cuasi que me da el corazón que á más de divertirnos honestamente toa la familia, aun himos salido ganando una pesetica...

JULIO VÍCTOR TOMEY

(Dibujo de T. Gascón)



EL PASEO DE LAS MONJAS, cuadro de Maria G. Novaya Dalsen

El asunto del cuadro es un excelente pretexto para lucir la habilidad en el manejo de los blancos, pero dejando aparte la perfección con que la autora ha logrado dar cima á la dificultad, hay que reconocer la belleza de la composición y la honda impresión que consigue producir, llevando el pensamiento á la vida claustral que hacen aquellas esposas del Señor.

Vida envidiable, desde cierto punto de vista, puesto que aquellas buenas mujeres se ven libres de las tentaciones del mundo y sobre todo de las terribles luchas que fuera de las cercas de sus monasterios trastornan las ciudades, villas y lugares. Verdaderamente viven en paz, ajenas á las pasiones que enconan los ánimos, á los incidentes que alteran incesantemente el curso de la existencia, á los tormentos inherentes á la vida social, lo mismo bajo los artesosados de los salones que bajo los ennegrecidos techos de los talleres ó en el barullo de las calles. En medio del alborotado mar de las contiendas civiles y de las luchas sociales viven aisladas, como dentro de una torre de marfil, sin que hasta su cerrado recinto lleguen los ecos de los gritos de los combatientes.

Embargado el ánimo por el más doloroso sentimiento, participamos á nuestros lectores que el domingo, 17 del corriente, falleció en Madrid, después de una corta y terrible enfermedad, nuestro queridísimo amigo y compañero D. José F. Sanmartín y Aguirre, representante de Ius en dicha capital y redactor del mismo.

Queríamos á Sanmartín con el cariño de un hermano, y no había quien al tratarle no se sintiese encantado por su carácter, todo sencillez y bondad, su acrisoladísima honradez, la nobleza de sus sentimientos y su talento privilegiado, revelado en numerosas producciones literarias que le habían granjeado un nombre popularísimo, así en España como en América.

No disponemos ahora de suficiente tranquilidad de espíritu para dar á conocer la personalidad de Pepe Sanmartín como escritor y poeta; tiempo habrá para ello. Por hoy solo podemos rogar á Dios que acoja en su seno á aquella alma llena de las más delicadas virtudes, y enviar á la familia del amigo del alma nuestro más profundo y sentido pésame por la terrible cuanto inesperada desgracia que la aflige.

—¿Te la digo, serraniyo?

—Gracias, rubia.

—¡Anda!

—No insistas.

—¿Por qué, bienaventurao?

—Porque puedo yo decírtela

mejor que tu parentela.

Conque no gastes saliva.

(¡Qué cara más resalada

tiene esta ave de rapaña!)

—¡Pero, ojos de enanorao,

déjate que te la diga!

Que te va á gustar er sino
que tiene tu presonita.

¡Anda! Que eres más presioso
y más bonito entoavía

que una herensia inesperáa.

—¿Has visto?

—¡Pero, entrañita,

no seas tan reseloso

y escucha á la gitaniya!

Que las gitanas tenemos

espíritu é profesia.

Dame la mano derecha,

verás como no es mentira.

—¡Qué guapa eres!

—¿Verdá, hermoso?

—Y además de guapa, viva.

—(Ya está er *longut*!) ¡*aquejé*rao!)

—¿Cómo te llamas?

—¡Pepiya!

—(¡Qué ojos tiene esta gitana!

Pues, señor, vamos á oirla;

que la hermosura, despierta

á la caridad dormida.)

—Conque, salao, ¿te la digo?

—¡Dímela ya, moruchita!

—(A este *chinorré* (3) le saco

tóo el *parné* que yoveo usima)

.....

—Alabao sea er Santísimo

Sacramento de la misa.

(1) Inocente.

(2) Amartelado.

(3) Párvulo.



Ahora dame una monea
pa haser una crusesita,
que sin la ayuda der sielo
no hay felisidá cumplia.

—Pero tié que ser de plata;
porque las tién ojerisa
á las moneas de cobre
los santos que mo iluminan.

—Tú eres hombre de palabra;
no ven con gusto tu dicha
las presonas que debieran
vivir de tí agradesias;
no puedes ver la desgrasia
sin remediaria enseña;
por tí está una güena mosa
pasando muchas fatigas,
y no hase más, por logrrarte,
que santificar su vida;
tú eres, por lo cabayero,
por más de que te critican,
capás de quebrarte un pie
por no pisar á una hormiga;
eres pa toas las mujeres,
desde que has entrao en quintas,
más güeno que er pan bendito;
por tí está otra serraniya
resuerta á entregarse ar *mengue*
como no te me consiga.

En cambio estás *camelando*
er querer de una chiquiya,
¡qué te me traen sus *achares*
con la esperanza perdia!

Pero aunque está la guaa ona
gcando con tus *duquitas*,
¡esa te va á dar mu pronto
toito lo que la pidas!

Er que menos sospechabas
ha turbao tus alegrías
con er mayor desengaño
que has tenio en toa tu vida;
me tienes er pensamiento
puesto en una *dergaiya*,
¡qué *achara* á toitas las rosas
de mayo, por lo bonita!
á la cual me estás rondando
á toas las horas der día,
porque... ¡no pué ser por menos!
donde er corasón se inclina
er pie camina, chiquiyo,
lo demás es *buleria*.
Me vas á tener un sueño,
en er que te partisipa
un alma del otro mundo,
adónde está enterraita
la fortuna de un avaro,

que *espichó* de hipocondria
 por un biyete inclusero
 que le *diñó* un alma viva.
 Te vas á casar mu pronto
 y bien con una mosita,
 ¡que es pa er querer más golosa
 que las aves de rapíña!
 Me vas á tener un hijo
 que han de coronarle en vida
 por ser un poso de siensia;
 después tendrás una hija
 morena, con unos *clisos*
 que ar sol van á darle envidia;
 con un *garlochín* de oro;
 con un hoyito en la *fla*;
 más salá que las pesetas;
 ¡y con una simpatía
 y un imán y unos primores,
 que van, con su comitiva,
 á bajar los angelitos
 der sielo pa bendesirla!
 ¡Pero una mala presona
 la va á haer desgrasialta!
 Si te ocurre esa desgrasia,
 ¡premita Dios que ar guripa
 me lo vean tus ojitos
 cosio á puñalaitas!
 Me tienes que haer un viaje
 por mar á sierta provincia
 pa recoger er tesoro
 de una herensia mu cresia.
 Y cuando er que tóo lo puede
 ponga término á tus días,
 ¡va á resibirte San Pedro
 con saetas y parmitas!
 ¿Te has enterao, morenito,
 de la buenaventuriya?
 Pues eso es, pa que lo sepas,
 lo que tu suerte te pinta.
 Si quieres saber ahora
 er secreto de la dicha,
 que aprendí en un Viernes Santo,
 déjame otra monediya;
 verás que provecho sacas
 de toito lo que te diga,
 porque la carpanta sabe
 más que la sabiduría.

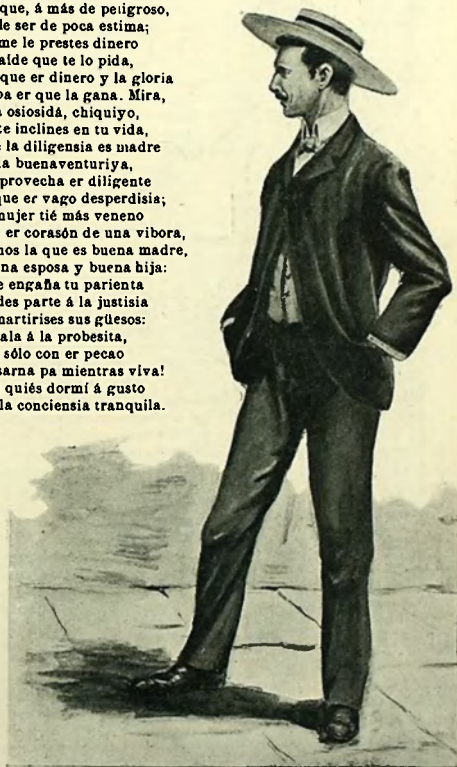
— Escucha: no te alimentes
 de pesares en tu vida
 pa que no se ría er prójimo:
 la amistad es una chiquiya
 que le da un petardo á Cristo;
 proteger á un egoista
 es darle música á un sordo;
 al *parné* tóo díos le mima;
 ten er juisio asegurado
 de pasiones quebradisas,
 que suelen las consecuencias
 salir ar cabo á la *fla*;

er mundo es gorfo reondo
 con mu malas entrañitas,
 y er que no sabe nadar
 se va ar fondo de seguía:
 no sacrifiques ar probe
 por dar gusto á la avarisia,
 porque es el remordimiento
 juguete de pesadiyas;
 andáte con pies de plomo
 pa elegir compañeríya,
 ¡que er que se casa, hijo mío,
 pasa de tóo en esta vida!
 Abróchate cuando entres
 en casa de la justisia;
 no creas en er cariño
 de ninguna arrepentía,
 porque, á más de peligroso,
 suele ser de poca estima;
 no me le prestes dinero
 á nalde que te lo pida,
 porque er dinero y la gloria
 es pa er que la gana. Mira,
 á la osiosida, chiquiyo,
 no te inclines en tu vida,
 que la diligensia es uadre
 de la buenaventuriya,
 y aprovecha er diligente
 lo que er vago desperdisia;
 la mujer tié más veneno
 que er corasón de una vibora,
 menos la que es buena madre,
 buena esposa y buena hija:
 si te engaña tu parienta
 no des parte á la justisia
 ni martirises sus güesos:
 ¡déjala á la probesita,
 que sólo con er pecao
 tié sarna pa mientras viva!
 Y si quies dormí á gusto
 ten la consciencia tranquila.

No orvides estos consejos
 que te da la gitaniya,
 porque la carpanta sabe
 más que la sabiduría,
 y puedes sacar, si quieres,
 provecho de sus dotrinas.
 Y ahora... ¡dame lo que quieras
 pa cuatro *churumbeltiyas*
 que están toreando al hambre
 desde que despunta er día!

EUSTAQUIO CAREZÓN

(Dibujos de F. Vardugo)



LA HIJA DEL TI PERRUCAS

I

Habíais de ver á Nela con saia de merino azul y corpiño de terciopelo grana, bailando á usanza montañesa en alguna romería, y habíais de ver á los mozos como entontecidos contemplándola con los ojos muy relucientes y ansiosos.

Y no obstante, Nela jamás escuchó confesión de enamorados. Requeiebros múltiples, frases ponderativas á granel; de ahí no pasaba. No es que la chiqueta tuviese sobre sí nada que la afrentase: su vida era espejo al que jamás pudo empañar el vaho de la maledicencia.

Lo que retraía á todos los mozos casaderos, no era la hija: era el padre: aquel famosísimo *ti Perrucas*, sempiterno adorador de Baco, cuba humana que, siempre tambaleándose, recorría de sol á sol y de luna á luna las tortuosas callejas del caserío, siendo el hazme reir de chicos y grandes.

Ti Perrucas bebía como un mosquito, sin tomar aliento desde el amanecer del domingo hasta el anochecer del sábado. Calculad que para suegro era una desdicha, y aun cuando fuera la moza una hermosura, los mozos discurrían acertadamente que padre parecido traería la ruina al hogar.

Y he aquí explicado lisa y llanamente porqué la moza más bonita de Villaspadaña, veríase condenada á perpetua soltería, á no depararle la Providencia un hombre arriesgado que aprehugase con ti Perrucas.

¿Lo encontraría?...
II



Cuando menos podía esperársele, apareció en Villaspadaña, Gildo, el hijo de ti Postilla, y su llegada al pueblo fué un acontecimiento. Las viejuelas del caserío, al verle, hiciéronse cruces, maravilladas de que aquel hombrón alto, fornido, fuese el chibucuo que hacía veinte años partió para América en busca de fortuna. ¡Y por Dios vivo, que el mozo había realizado sus ambiciones, á juzgar por las sortijas, cadenas y alfileres empedrados de brillantes que lucía en su persona! Las mozas de la aldea no se acordaban de que el tal Gildo hubiese corrido en perneras por las corraleras del caserío, pero, esto no obstante, pusieronle cara de pascua, que no era el recién llegado costal de paja como hombre y además venía timbrado con el glorioso título de *indiano*, que, en tierra montañesa, es tanto como el de Rothschild.

A mañosas preguntas y á indirectas insidiosas, Gildo contestaba con sonrisa apacible:

—He trabajado como un negro al otro lado del charco durante cuatro lustros sin permitirme diversion ninguna ni regalarme con nada, ¿sabe? Y vengo aquí á descansar, á divertirme y á hacer la felicidad de la montañesa que me llegue al corazón como Dios manda, ¿sabe?

Las mujeres casaderas al oír esto sentían un gran regocijo porque quién de ellas no habría de juzgarse con bastantes encantos para subyugar la voluntad del indiano?...
Pero todas, ¡oh, decepción! vieron sus ensueños como hubo de verlos la lechera de la fábula, esto es, por los suelos.

El incomparable galán al ver á Nela hubo de decirse: «He aquí la montañesa de mis afanes.» Y dicho y hecho: una tardecita en que la gentil doncella llevaba á los prados á la *Pinta*, una vaca que con la casa constituía toda la propiedad de ti Perrucas, acercóse Gildo, y entre resuelto y temeroso contó á la perla del valle aquella ansia inaudita de amores por vez primera sentida en su pecho. Y entre gozosa y avergonzada, que el caso no era para menos, escuchó también Nela la declaración, y ni sus labios ni sus ojos hubieron de acrecentar los recelos del galán de ser rechazado puesto que, aquella

tarde, fueron dos á custodiar á la *Pinta* y dos los que regresaron ya de noche al pueblo jurándose amor eterno.

III

El despecho en unos, la envidia en otros y en los más el afán de la murmuración, hizo que el idilio de nuestros héroes se convirtiese en los escasos hogares de Villaspadaña en sabrosa comidilla.

—¡Pero ese hombre está loco! ¡Casarse con la hija del primer borrachín de la Montaña!

—Se conoce que no tiene apego al dinero, porque aunque haya traído los tesoros del Perú pronto se los gastará en la taberna ti Perrucas.

—Por mucho que valga la hija, lo que es el padre...

Y así por el estilo iban las saetas contra los enamorados.

A ambos llegó el eco de las murmuraciones, que nunca faltan almas caritativas en casos tales: á Nela, le dió mucha pena y mayor vergüenza lo que de su padre se decía: á Gildo, le cayó la cosa en gracia y rió de bonísima gana. ¿Por tan poca cosa iba él á renunciar á Nela?... No le conocían: no era él hombre que se abogase en tan poco vino, digo, en tan poca agua.

Y para dar un *mentís* á la opinión, el indianete se constituyó en acompañante inseparable de ti Perrucas, que, loco de contento y disponiendo á su antojo del bolsillo de su futuro yerno, regalábase ahora el paladar, no con el *vif* Rioja de toda su vida, sino con Jerez de las mejores marcas. Eso sí: los efectos eran aun más rápidos y desastrosos: el pobre hombre mareábase en seguida y hacía en una hora más eses que las que en un año fabrican en una fundición de tipos de imprenta.

Hubo de extrañarle á Nela aquella asiduidad de su prometido en acompañar á su padre, pero esto aumentó su extrañeza con esta frase dicha en tono festivo:

—¡Estoy curando al pobre viejo!

IV

La noticia cayó como una bomba en el caserío.

¡Sí parecía mentira! Pero, no debía serlo: allí, á la puerta de la casa de ti Perrucas, estaba la gente de justicia: el juez, el escribano y el alguacil que venían á embargarle al famoso émulo de Baco la casa y la *Pinta*.

Y por vez primera en su existencia, ti Perrucas estaba sereno con la cara muy tristonja y resbalando por sus mejillas de color de ladrillo tostado unos lagrimones como puños.

Y el que embargaba era nada menos que Gildo el indianete.

—¡Fíate de novios!—decía una comadre vieja.—Mira, mira, en lo que han venido á parar tantas grandezas; en que por doscientos duros mal contados se queden los pobres en la calle.

—Mujer, si no lo viera no lo creería,—argumentaba otra vieja.—¡Vaya un cariño que á la chibucua tiene el don fulano... ¡Si estos ricos!...

Y la mujer movía la cabeza con aire de convicción.

—Ti Perrucas está que se le ahoga y en cambio la hija como si tal cosa... ¡qué descastada!

—Y el lampión del novio se ríe con los señores de la justicia,—observaba un bigardo de los muchos que formaban corro delante de la casa.

Mientras discurrían de este modo los de afuera, el alguacil que debía á ti Perrucas algunos de sus más monumentales y famosos alborokes, le decía en voz baja:

—Pero, hombre, ¿cómo es que tu futuro yerno te embarga?...

—Abi verás, Colasón,—replicaba con hipo de llanto el aludido,—yo creía que todo el dinero que gastaba en la taberna conmigo era por convidarme y ha resultado que me lo prestaba... ¡Reputales!... Esto es una burla.

—No, lo que es, es una *tragedia*,—afirmaba seriamente el de la vara.

—¡Mira tú que si yo llego á saber esto en jamás de los jamases me gasto las perrucas en beber do lo



¡No!... Del Ríoja que traen los trajineros, y, gracias... Y mira tú, Colasón, por estas crnces, te juro que con esto que me ocurre, se me ha quitao pa siempre el vicio de la bebida... ¡Recuévanos coloraos!... Verse á mis años como yo me veo con la chicuca en el arroyo, sin casa, sin vaca y sin naa...

—Pero ¿no dicen que se va á casar Gildo con tu chica?...

—¡Hombre, tú estás dejao de Dios!... Con lo que ha hecho ¿quieres tú que la case con ese desagra-decio que no sabe el dinero que tiene y me deja á mi en la calle, por catorce onzas mal contaás que dice me be gastaó yo en vino en tres meses?... ¡Hombre! Ni que uno no tuviese dinidás... Ya ves que te hablo en mis cabales: primero moro que suegro de ese bandido.

Aquí llegaban los compadres en su diálogo, cuando el juez dirigiéndose á ti Perrucas, le llamó con voz cariñosa:

—¡Sandalio!

—Mándeme usía.

—Acércate y oye.

Acercóse Sandalio y su interlocutor mostrándole un papel sellado le preguntó:

—¿Reconoces por tuyo este recibo?

—Sí, señor, que yo no niego mi firma aunque me ahor-quen.

—No se trata ahora de eso: por este documento, cedés todos tus bienes á don Hermenegildo López, si si no le pagas el dinero que dices has recibido de él.

—Sí diré,—interrumpió el viejo,—pero hay que tener en cuenta que yo, señor usía, firmé el papeluco ese en un mo-miento en que... vamos, ya sabe lo que quiero decir...

—Sí, lo sé, pero, eso en este caso no importa. Lo que importa es que por virtud de este papel tú y tu hija os quedáis peor que las ratas, que esas al fin y al cabo en cualquiera parte encuentran un agujero en donde cobijarse.

—Es cierto.

Y ti Perrucas bajó la cabeza avergonzado, murmurando á media voz:

—No; si ese vicio no me había de traer cosa buena.

—Sin embargo, el acreedor, que es hombre de concien-cia...

—¡De conciencia!—gritó Sandalio con furia mal repri-mida.

—Déjame hablar: como no quiere causar tu ruina, está dispuesto á suspender ahora el embargo de tus bienes y devolvértelos con la condición que ha señalado en este papel. Toma y lee.

El padre de Nela, entre sorprendido y gozoso, recogió el documento que le presentaba el juez.

Y tartamudeando, leyó lo siguiente:

«Declaro yo, Sandalio Gil, ser deudor de mil pesetas á don Hermenegildo López, el cual, las podrá hacer efectivas incautándose de todos mis bienes el día en que cometa cualquier exceso en la bebida.»

—¿Estás conforme?...

—¿Qué si estoy conforme?... Ya lo creo, señor usía... ¡conformísimo! ¡Ya les juro yo que nunca más be de beber ni una mala copa de vino!

Al decir estas palabras, Nela, tendió los brazos á su padre.

—¡Hijuca mía! ¡Hijuca! ¡Abrázame! Y dirigiéndose á Gildo que contemplaba sonriéndose la escena prosiguió:

—Y tú también abrázame... como un hijo... ¡Gracias á ti se me ha curao pa siempre una enferme-dad que decían que no tenía remedio!...

Ti Perrucas cumplió honradamente su palabra. Y á sus nietecillos les suele decir señalándoles á Gildo:

—Abí tenéis el único hombre que me ha hecho aborrecer el vino.

ALEJANDRO LARRUBIERA



La indiferencia.

Estaba la niña de mis ojos bella
de día y de noche mirando a la calle
Eso le vas conociendo, y nadie sabrá
por qué supiala de noche y de día.
Su padre por muerte lloratala ya,
y al fin, una noche, la go' que dió:
"Cuando parará!"

"Cuerpo me soban, carino del alma,
(la hijo el anciano) mostrate calma.
Llévate lo di, aunque ocupa la más noble espora;
Luz go' ha de estirarse de modo y manera
que amante de hénjese a ti misma."
Y entonces la niña repuso: — "Esoquien,
D. J.!"

Eduardo de Lestona



AZ VOLVER A VERTE



Vine a verte por fin, no lo esperaba.

¡Qué tarde viene!

Me dices que otra imagen, no la mía,
llena tu pecho.

La ausencia y el olvido, de consuno,
muerto me dieron;
que quien lleva perdida su ventura,
vive muriendo.

¿Te acuerdas de los plácidos instantes
en que, riendo,

tu labio tembloroso me decía

"¿cuándo te quiero?"

¿Te acuerdas, dijí si frente reclinada
sobre tu seno,
sumergida en las ondas opulentas
de tu cabello:

las manos de azúhar entre las mías,
y de tu aliento

el cálido vapor sobre mi rostro
lanzando fuego:

ya, sin hablar, me dabas tu alma entera
dentro de un beso;

ya escapaba la risa de tu boca,
ó ya, guiñando,

dibábase, redoblando tu levadura,
quejas y celos,

con la voz empapada de sollozos,
y las luceros

relatos por las lágrimas sublimes
del sentimiento.

Tú no te acordarás de aquellas horas...

¡yo sí me acuerdo!

¡Ay, cómo la esperanza se consuma,
y como el tiempo

se lleva las caricias, las promesas,



los juramentos!

Kéimpagas de gloria y de locura
¿cuán breves fueron!

¡Por que los atractivos de la vida
no son eternos!

Adiós... ¡adiós! La ingratitud te guie
al ancho puerto

en donde la inconstancia reconciliora
túas su imperio.

Vidolidad, pasiones inmutables...
¿cuándo quedas!

No reflejan las aguas del olvido
la luz del cielo.

Tu ya olvidaste los felices días
que yo recuerdo:

tu gozas del amor en otros brazos...
¡y ya me mueres!

X.

PEPITORIA

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora han publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbard.

Magdalena la Mendica, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Orso, por Enrique Syenkievitz.

El hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

CHARADÍSTICOS CON UN ACROSTICO

PREPOSICIÓN INSEPARABLE	NOTA MUSICAL
PRONOMBRE	ESPACIO DE TIEMPO
VOCAL	ADVERBIO DE TIEMPO
DIGNIDAD EN FRANCIA	INTERSECCIÓN (SIN ADMIRACIONES)
PUNTO CARDINAL	TIEMPO VERBAL
TIEMPO VERBAL	NOMBRE DE LETRA

1.º

Horizontalmente se puede leer con estos fragmentos:

1.º El conjunto ó extensión de los rayos luminosos de un cometa.

2.º Calzado de punto que sirve para cubrir el pie y la pierna.

3.º Encargada de la educación ó crianza de un niño.

4.º Divinidad mitológica, eran tres hermanas y habitaban en el tártaro.

5.º La primera mujer.

6.º Oriente.

2.º

Anteponer á los seis precedentes significados los seis siguientes:

CONJUNTO
DE
AGUAS

PREPOSICIÓN
INSEPARABLE

PREFIO
ó PARTE
INSEPARABLE

INTERSECCIÓN

ADVERBIO

PUNTO
CARDINAL

de modo que quedando éstos como *acrostico*, expresen verticalmente el nombre de un famoso *triumviro romano*.

3.º

Todo junto se leerán entonces los seis significados siguientes:

1.º Instrumento para limpiar y desmarajar olivos.

2.º Poema dramático en el cual se representa alguna acción familiar.

3.º Lugar con ayuntamiento, partido judicial, provincia y diócesis de Segovia.

4.º Señor de un pequeño estado, compuesto de uno ó muy pocos lugares.

5.º Apellido de un escritor contemporáneo.

6.º Occidente.

NOVEJARQUE

El nuevo ferrocarril subterráneo de Nueva York, cuya longitud total pasa de 30 kilómetros y cuyo número de estaciones será de 48, va á ser instalado electricamente. La energía eléctrica será producida por alternadores polifásados y transmitidos en corrientes alternas polifásadas, pero estas últimas estarán transformadas en corrientes continuas y la alimentación de la línea del ferrocarril estará hecha en corrientes continuas según el sistema del riel central.

El conjunto del material, generatrices, excitatrices, conmutatrices y

transformadores se ha previsto para una potencia de 150,000 caballos y el gasto calculado asciende á 6 250,000 francos.

¡Adelante! es la consigna del que lucha en buena lid.
¡Adelante! el *callicida* del doctor LADIVONSIM!

MALAGUEÑAS

Cuando me vieron reir los amigos se aumentaron, ¡hoy que me sienten llorar se van todos de mi lado!

¡Caridad, deja que viva y no vuelvas á inquietarme!
¡Caridad, ten caridad, y no me hieras mirándome!

Di suelta á mis pensamientos y al reunirlos con los tuyos del porvenir tuve miedo.

NAREISO DIAZ ESCOBAR

La solución en el próximo número.

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Salto de caballo.—

La vida, la desgracia, la soledad, el abandono, la pobreza, son frecuentemente un campo de batalla que produce muchos héroes, oscuros sí, pero mucho más grandes que los héroes más numerosos.

VICTOR HUGO

Cuento aritmético.—Tres reales y medio.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Comde Bizancio.—Málaga.—La tardanza es involuntaria, pues no es posible dar pronta salida á tantas docenas de jeroglíficos como tenemos pendientes de publicación. Procura ré, no obstante, apresurar la publicación de los ayes.

J. L.—Mondodero.—Un poquito de paciencia, pues ya está al caer la inserción de las composiciones que envié.

E. A.—Lérida.—El artículo re-salta político, ó más político, que es igual, y por lo tanto no es propio para *Isis*.

J. M. A.—México.—Aceptado con el mayor gusto el *Cuento aritmético*.

M. A. G.—Madrid.—Aceptados el soneto y el romancillo.

A. L. de C.—Lérida.—Aceptado el artículo, con la salvedad de ródica de publicarse cuando la haya llegado el turno.

P. P. P.—Ciudad Rodrigo.—Irás la tarjeta M. R.—Lérida.—Ejecutose á bien imaginando, pero amigo, no podemos hacernos eco de las doctrinas que late en su fondo.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTAR Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

